

SOBRE LA VERDAD Y LA CERTEZA.

Lourdes VELÁZQUEZ GONZÁLEZ. *Verdad y Certeza. Un debate actual considerado a la luz de algunas reflexiones tradicionales*. Ed. Universidad Pontificia de México, 2011.

La filosofía de la ciencia contemporánea se caracteriza por el paulatino abandono de las nociones de verdad y certeza científicas como consecuencia de la crisis del programa cientifista y el dominio del escepticismo filosófico post-kuniano y post-moderno. La verdad y la certeza dejan de ser categorías filosóficas relevantes o útiles para la clarificación de la naturaleza del conocimiento científico (u ordinario). Las teorías científicas no se mantienen por algún recurso a la verdad y/o a la certeza, sino que su permanencia se reduce a la aceptación (individual o colectiva), siempre contingente y relativa.

Consecuencia de esta situación ha sido que entre las verdades y certezas del neopositivismo de principios del siglo xx y el escepticismo de la filosofía de la ciencia post-empirista y post-moderna no parece haber cabida para otras opciones filosóficas; sólo resta un territorio filosóficamente estéril en lo que refiere a la verdad y la certeza.

Una de las cosas que muestra el libro de la Dra. Velázquez es que esto no es así y que justo en ese territorio cabe repensar los problemas que siguen abiertos en la filosofía de la ciencia y la teoría del conocimiento. Este es el caso del problema de la pérdida de certeza y de verdad en la ciencia contemporánea respecto al cual la autora desarrolla un interesante esfuerzo por analizar y repensar desde posiciones filosóficas que se distancian del cientifismo y el escepticismo, e incorporan aportaciones de los clásicos.

Velázquez se sitúa en el debate actual ofreciendo un personal e interesante análisis de este problema y esbozando respuestas atentas a las aportaciones de Roger Verneaux, Régis Jolivet y, sobre todo, el filósofo realista catalán Jaime Balmes. Plantea y explora así interesantes vías de investigación de un problema cuyo fundamento filosófico sitúa en territorios alejados del giro lingüístico.

La tesis fundamental sostenida por la autora es que la crisis de la verdad científica y la pérdida de certezas, tal y como han sido planteadas por

la filosofía de la ciencia contemporánea, pueden ser reinterpretadas en términos menos drásticos que los ofrecidos por ciertas filosofías y, por tanto, pueden ser reconsideradas. Uno de los aspectos a revisar es precisamente las consecuencias radicalmente disolventes que esta crisis supuestamente tendría para la propia filosofía de la ciencia. Velázquez insiste en destacar que de dicha crisis no se deduce que haya que abandonar cualquier intento de filosofar sobre la certeza y la verdad científicas, sino más bien que hay que filosofar en claves diferentes a las que se han seguido en el debate, y ahí adquiere todo el sentido volver la mirada a ciertas aportaciones de los clásicos.

Este enfoque vertebra la argumentación desarrollada por la autora para fundamentar dos tesis que son esenciales en su planteamiento y que constituyen una interesante propuesta filosófica. La primera es que la verdad y la certeza no deben identificarse, como ha hecho la filosofía de la ciencia contemporánea con críticas consecuencias para la propia filosofía de la ciencia. La verdad es una propiedad del juicio que expresa conformidad o no con lo real, mientras que la certeza es un estado de la mente frente a la verdad. Ambas nociones están conectadas, pero no se implican, «no son consecuencia lógica». Lo que hay que hacer es diferenciar planos que han sido mezclados como los de «la verdad y el significado», «la certeza y la creencia» o «la subjetividad y la objetividad», cuya confusión está en el centro de la crisis de la filosofía de la ciencia contemporánea al interpretarse la crisis de la noción de certeza como una crisis de la noción de verdad científica.

La segunda tesis es que la crisis de la verdad científica no es más que la constatación de que las verdades de la ciencia no son universales, sino relativas a un ámbito y nivel de los hechos naturales. Lo que ha fallado respecto a la verdad es la pretensión de verdad única de las teorías más generales. La física clásica y sus juicios son verdaderos respecto a cierto nivel físico, pero no son las únicas verdades universales. La verdad científica tiene su ámbito de validez y los científicos difícilmente alcanzan una certeza absoluta a pesar de sus esfuerzos. Pero esto no es el fin de la ciencia, ni del conocimiento científico que sigue pretendiendo acceder a la verdad, aunque esta sea revisable y no universal.



Las verdades científicas, aunque revisables, son relativas a los hechos, es decir, a las evidencias aportadas, aunque sean parciales. Aquí aparece en todo su alcance la noción de evidencia inmediata, pero también mediata. Estas serán nociones clave para la verdad científica parcial y limitada que defiende la autora. La noción de evidencia inmediata le permite salir del círculo que supone el giro lingüístico —activo en las filosofías escépticas— y defender un realismo moderado.

Por otro lado, la certeza no es absoluta, ya que la certeza física, como señalan los filósofos clásicos, tiene límites. Pero esto no supone que no se puedan alcanzar certezas científicas muy fuertes, casi absolutas. Los filósofos clásicos no estaban escandalizados por los límites de la certeza científica, al contrario de lo que ocurre con los filósofos de la ciencia contemporánea, para quienes el reconocimiento de que la certeza científica no era absoluta desencadenó la crisis de desconfianza que sigue abierta.

En la ciencia no se da una certeza total, pero muchos juicios pueden fundamentarse a través del

criterio de evidencia inmediata. El conocimiento, y tampoco el conocimiento científico, no exige certezas indubitables; el recurso a la evidencia sólo aporta certezas que pueden ser revisadas, que no son absolutas, aunque sean esenciales para la ciencia. Pero la ciencia es la búsqueda de la verdad aunque no se alcance la certeza absoluta.

Velázquez mantiene una visión realista de la ciencia, en la que tiene cabida la certeza, aunque no sea absoluta, y un acceso abierto a la verdad a pesar de las dificultades. Y aquí creo que debe recordarse la noción de «sentido común» de Balmes, con la que la autora mantiene claras sintonías y que fundamentalmente supone una apuesta por valorar la verdad científica evitando los excesos del escepticismo. Esto es lo que consigue fundamentar sólida y brillantemente Lourdes Velázquez en este libro, un trabajo original y sugerente que abre interesantes líneas futuras de investigación del que ha sido un problema clave de la filosofía de la ciencia contemporánea.

Amparo GÓMEZ RODRÍGUEZ

